

Almanaque, ciudadanía y ciudad en la España del siglo XVIII

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS
CSIC-Madrid

Este trabajo se refiere al modo en que la ciudad y los ciudadanos son representados en los almanaques, género literario de gran popularidad en el siglo XVIII, que contribuyó entre otras cosas a forjar imágenes urbanas e identidades y dio cuenta de las dinámicas de la modernidad en el espacio urbano.

Palabras clave: almanaques, ciudad, ciudadanía, Madrid, modernidad.

Almanach, citoyenneté et ville dans l'Espagne du XVIII^e siècle

Cette étude fait référence à la manière dont la ville et les citoyens sont représentés dans les almanachs, genre littéraire très populaire au XVIII^e siècle, qui a contribué à forger des images et des identités urbaines et a rendu compte de la dynamique de la modernité dans l'espace urbain.

Mot-clés : almanach, ville, citoyenneté, Madrid, modernité.

Almanac, citizenship and town in the 18th century Spain

This work refers to the way in which the city and citizens are represented in the almanacs, a literary genre greatly popular in the eighteenth century, which contributed among other things to coin urban images and identities and gave account of the dynamics of modernity in the urban space.

Keywords: almanac, city, citizenship, Madrid, modernity.

Aduana universal de esta gran villa, mercado de iniquidades,
 feria de forasteros, gloria de vendedores, silla de haraganes,
 centro de aguadores y, sobre todo, trono y asiento
 de madama Mariblanca, que todo esto es la Puerta del Sol.
 (Arias, 1736: 2)

¡Oh, Madrid, Madrid! Solo en ti se vive;
 en los demás pueblos se vejeta.
 (Fernández de Rojas, 1796: 50)

DIFERENCIA Y PLURALIDAD URBANAS¹

En el paso del siglo XVII al XVIII, y a lo largo de toda la centuria, se produjo una notable migración a las grandes ciudades, en especial a las cortes. Así, en Castilla, mientras Madrid crecía en población, urbes como Segovia y Toledo, que se encontraban a su cercanía, la perdían. Uno de los reflejos que este movimiento provocó fue el aumento de literatura sobre núcleos urbanos, así como discusiones acerca de los problemas que la superpoblación ocasionaba: carestía de los alimentos, de la vivienda, falta de suministros, confusión de costumbres, idiomas, indumentarias, crisis moral.

La confusión y la crisis son respuestas a la experiencia de la ciudad en tanto que espacio de la diferencia, o donde convive (a veces en discordia) la diferencia. Su gestión crea la identidad del lugar y de quienes lo habitan; un «dictado tópico» no necesariamente peyorativo, que no pocos de dentro y fuera reconocen, al que contribuyen artistas, escritores, urbanistas, sociólogos. Ya sea de forma crítica, ya amable, todos los acercamientos dan a la metrópoli una especificidad que la individualiza, mediante la cual los habitantes se sienten ciudadanos. Parte de este proceso consiste en crear lugares símbolo (Puerta del Sol, Torre Eiffel, etc.). Todas las capitales los tienen, y pueden ser los mismos o distintos de los llamados «lugares de memoria».

La atención y la importancia que adquirieron las ciudades, la curiosidad que despertaban y su aceptación como lugares que representaban a los reinos —expuesta de forma más o menos teórica en 1682 por Alexandre Le Maître en *La métropolitée, ou de l'établissement des villes capitales*—, queda reflejada en el tiempo dieciochesco, entre otras cosas, en la aparición y éxito del *tutilimundi*, otras veces llamado *mundinovo*, un espectáculo portátil que acercaba el mundo al espectador para mostrarle por lo general panoramas urbanos, lugares de ciudades, paisajes o sucesos famosos. Los almanaques, inscritos en este entorno de actividades, de discursos y tendencias no fueron ajenos a ese prestigio de lo urbano —muy claro en el teatro y la novela—, y en tan temprana fecha como

1. Este trabajo se encuadra en el proyecto de investigación «Almanaques literarios y pronósticos astrológicos en España durante el siglo XVIII: estudio, edición y crítica», Referencia: FFI2017-82179-P, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

1739 cuentan con *El totilimundi, histórico-genealógico, cronológico y geográfico*, de Francisco Horta, que describe sumariamente las ciudades más importantes de Europa. La necesidad, publicitaria y política, de mostrar o describir ciudades es antigua; el modo que Horta utilizó conecta con otros previos en los que no se deslizaban apreciaciones personales y solo acumulaban datos. El origen de este modelo expositivo está seguramente en el *Iter romanum* (1375) de Giovanni Dondi, amigo de Petrarca². Las vistas del mundinovi se unen a otras formas de mostrar la ciudad, como las corografías, las *vedutas*, las estampas y más tarde las fotografías (Sazatornil Ruiz 2019). Todas expresiones de orgullo cívico.

La mayor atención a Madrid, para convertirla en capital representativa del imperio, se debió también a que, como consecuencia de los procesos centralizadores, se trocaba en modelo para el resto de las capitales hispanas. La centralización, en España a la postre fallida, conllevó gastos e inversiones para facilitar el transporte y el aprovisionamiento, cambios en todos los ámbitos, y la aparición de nuevos protagonistas urbanos como los petimetres, así como la volatilidad del tiempo y la aparición de la moda como segmento rector de la conducta de gran parte de la población. Todo ello permite hablar de un «estilo ciudadano» (Simmel, 2001), que generaliza a los individuos, caracterizado por la impersonalidad, la desconfianza, la defensa de lo privado frente al empuje exterior, el hastío, la exhibición de uno mismo y el *spleen* del que empiezan a hablar a finales de siglo con cierta ironía. Si todo esto se percibe ya en los almanaques, es clarísimo en las caracterizaciones que un siglo después hicieron grandes observadores como Larra y Mesonero Romanos.

El crecimiento de la población, pero no del espacio urbano, a pesar de la necesidad evidente de ampliarlo, creó desajustes y dislocaciones, manifiestos en la creciente nostalgia del pasado que desaparecía y en cierta angustia ante la excitación que la nueva situación producía, mediante ofertas, demandas, aumento del ritmo de vida, cambios en la economía del ocio, en los valores y en el reparto del tiempo. A mediados de siglo, Martín Sarmiento expresaba muy gráficamente estas sensaciones, el momento de transformación:

viviendo en el centro de Madrid [...] jamás me podré persuadir a pasear por cuevas áridas y pendientes con el pretexto de hacer ejercicio para mi salud. No se puede bajar al río Manzanares sin la molestia de un precipicio al bajar y de una desalmada cuesta al volver.

[...] al ambiente físico de Madrid cada día se le pegan muchas impresiones morales pestíferas que, con otras impresiones de animales y de la universal inmundicia, forman una pútrida atmósfera, crasa y heterogénea, que se hace visible de lejos y que se palpa de cerca. Ese corrupto ambiente se inspira y respira; y sin sentir se camina por la posta al estado de no respirar (Sarmiento 1988: 54).

2. Quien, sin embargo, sí dejó un texto emocional y personal al describir su ascenso del Mont Ventoux, siendo uno de los primeros que escribió sobre el arte de caminar (Petrarca 2019).

Y a la altura de 1763, la ciudad era para él

una sentina de ociosos, viciosos, chismosos, embusteros y charlatanes. Cada uno de esos come y triunfa por tres labradores y no trabaja por medio. Y, para que Madrid sea un remedo de Babel y Babilonia, es una sentina de confusiones, de pepitoria de varias lenguas, de contradicciones en trajes, costumbres, religión y política (*Obra de 660 pliegos*, V, f. 436).³

No era nuevo el desasosiego causado por la variedad y el dinamismo urbanos, pero sí los perfiles que tomó, no recogidos antes en la literatura de los Siglos de Oro, más preocupada por la moral que por las otras consecuencias de la superpoblación y el cosmopolitismo. Madrid en aquellos siglos, como Valladolid y Sevilla, se había llenado de esclavos, negros, árabes, viajeros, pretendientes, emigrantes, súbditos de otros reinos, y de diferentes lenguas, como indican entre otros Lope de Vega en diferentes comedias que tienen a Madrid por escenario, Calderón de la Barca en *Hombre pobre todo es trazas* («la gran villa de Madrid, / esta nueva babilonia»); Francisco de Santos en *Día y noche de Madrid* («gran Babilonia de España»), Juan de Zabaleta, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde en Madrid* y Bautista Remiro de Navarra, autor de *Los peligros de Madrid* en 1646 (García García 2000; García Santo-Tomás 2004). Sarmiento recogía esta tradición, quizá sin conocer todos esos testimonios, para calificar la situación de cambio y alteración urbanos, que en su época era mayor. Es una impresión que se complementa con la idea de la ciudad como microcosmos, o mundo abreviado, en el que todo se puede encontrar y explicar (Álvarez Barrientos 2018).

Ahora bien, si a Sarmiento no le gustaba el olor de la ciudad ni su aspecto, a otros, algo más tarde, y aunque fuera desde la ironía, les resultaba sumamente atractivo su «estilo urbano», como al petimetre de *El tocador*, para quien era necesario «oler a Madrid para estar a la moda»⁴:

Madrid exhala vapores suaves y deliciosos, y un olor admirable compuesto de la mucedumbre cuasi infinita de los que se hallan en las calles, en las tiendas de los perfumadores, en las casas, en los gabinetes y tocadores, en los paseos, en los vestidos y cabezas de los que concurren a ellos (Fernández de Rojas 1796: 67-68)⁵.

3. Madrid no era la única ciudad sucia y desordenada de la Europa del siglo XVIII. Por el contrario, a partir de los años sesenta, los viajeros hablan de su limpieza y la comparan en positivo con otras como Londres y París (Álvarez Barrientos 2017). Un estudio completo de la capital madrileña, en Aguilar Piñal (2016).

4. Una historia de la ciudad desde el olfato está aún por hacer. García Santo-Tomás (2004: 241-288) dedica cierto espacio a esta perspectiva para el Madrid del siglo XVII. Corbin (1987) sigue siendo imprescindible.

5. *El tocador, o el libro a la moda, escrito en letra de color de rosa, pulimentado y barnizado*, es adaptación de uno similar que publicó Louis Antoine Caraccoli, que en 1757 inició una serie de folletos críticos de las costumbres parisinas impresos en tintas de diferentes colores (Bouza 2006). Al primero en tinta verde le siguió otro en roja; el tercero, en amarilla y el cuarto en cuatro colores. El verde se adaptó también en español en 1785, aunque permaneció inédito (BNE, ms. 12936/22).

Por las mismas fechas en que escribía Sarmiento, en 1764, Bartolomé Ulloa, mercader de libros y autor de *El piscator económico. Diario y cuartos de luna para el año de 1765*, consciente del aumento de la población, descontento con las transformaciones generadas, solicitaba que alguien explicara «los motivos que hay para que en Madrid, de veinte años a esta parte, se haya aumentado una tercera parte de gente» (1764: 6); las razones ya se han apuntado sumariamente. Aunque no todos estos autores tuvieran el mismo referente poblacional al escribir, coinciden en el diagnóstico. La población acudía a la Corte con la esperanza de mejorar su vida.

Kant, por su parte, a la altura de 1784, también consideraba la diversidad urbana como un defecto que creaba tensiones, asimetría y desigualdad, y así lo explica en el «cuarto principio» de sus *Ideas para una historia en clave cosmopolita* (1987: 8-10). Esas desigualdades eran consecuencia de las ofertas que la urbe ofrecía a los individuos, al proporcionales, en principio, una vida más abierta y la posibilidad de cambiar de estatus. A finales de siglo, el petimetre que retrata Madrid bajo la pluma de Fernández de Rojas deja constancia de esta eventual libertad, que muchas veces no pasaba de mera teoría. Pero a él la ciudad, como a otros, sí le ofrecía alternativas y le permitía ser de muchas y variadas maneras, expresar la diversidad de su yo: «en una parte soy filósofo, en otra ignorante; en este barrio soy juicioso, en el otro alocado; en una palabra, vivo a mi gusto» (1796: 65), ensalzando así la especificidad que se daba en según qué barrios y la multiplicidad de actitudes e individuos que ofrecía la capital: «el taciturno, el atolondrado, el estudioso, el extravagante, el sublime, el abatido, el serio, el chistoso». Pluralidad que provoca «una mezcla hermosa [...] de obras y discursos que hacen a Madrid el centro de las novedades» (1796: 73).

Este petimetre se presenta como un acabado caso de callejero, buen observador de la ciudad y de sus habitantes, a los que cataloga de diferentes modos para exponer la multiplicidad urbana, en lo que conecta con no pocos responsables de almanaques.

PASEAR PARA CONOCER

Complejidad, apertura, diferencia se perciben al caminar y en las alusiones literarias al paseo y al callejeo (que no son la misma cosa), o a su imposibilidad, como Sarmiento recordaba. La calle adquirió nuevos sentidos; no era solo lugar de paso, de búsqueda o de trabajo: por ella se pasea, al menos, por algunas. Los paseantes contribuyeron a crear la imagen de las ciudades y los paseos, como los cafés, la prensa y las tertulias, favorecieron la inserción de la nueva civilidad⁶. Rousseau publicó en 1782 sus *Enseñaciones de un paseante solitario*, que no son las de un urbanita —él al fin y al cabo rechazaba la ciudad y la cultura que en ella se generaba—, sino las de alguien que prefiere la naturaleza idealizada. Unos

6. La calle adquiere un valor desconocido, determinado en gran parte por la acera y por los usos que se le dan (Álvarez Barrientos 2017: 84-96, y Van Horn Melton 2009).

años después, Rétif de la Bretonne y Mercier daban a las prensas diversas obras que retrataban París a diferentes horas y en distintos sectores sociales. Estas son obras de callejeros que observan, más que de meros paseantes. Más tarde, Karl Gotlob Schelle destacaba las diferencias entre el paseo rústico y el urbano, así como sus valores, al explicar las características y condicionamientos del *Arte de pasear*, ya por la ciudad, por el campo, a caballo, a pie, en coche. Este arte del paseo, que es invento de la época, como el nuevo sentido que se dio a los jardines, a las ciudades y a la higiene, es un placer solitario, sobre todo entre los escritores, que salen a la calle (o al campo), tanto para hacer ejercicio como para observar e inspirarse. La literatura se hace urbana en el siglo.

Pero, obviamente, el paseo es también actividad social, que concita a los más, como se ve en tantos óleos, estampas y textos. «Pasear por las avenidas frecuentadas de una ciudad bien poblada adopta el carácter de la vida en sociedad» (Schelle 2013: 49); es una de las manifestaciones de la nueva civilización, hasta el punto de que «allí donde faltan paseos en los que poder distraerse de la forma más sencilla, mirando a la gente que camina por ellos, falta al requisito imprescindible de una ciudad que se precie». Una ciudad sin esos espacios muestra su bajo nivel cultural (58). El paseo permite ver y ser visto, hacer negocios, flirtear, lanzar rumores, etc.

El paseo público es central en la época, como muestra la actividad urbanística que los «planta» en la mayoría de las capitales, en tendencia que continúa en siglos posteriores (Quirós Linares 2009). A partir del siglo XVI ciudades como Sevilla organizaron los suyos y alamedas, pero fue en el XVIII cuando, con nuevas ordenanzas que reflejan el cambio en el modo de entender las urbes, se planifican otros nuevos y se mejoran los existentes. Córdoba, Madrid, Burgos, Pamplona, Cádiz, Valladolid, Salamanca y otras ciudades implantaron paseos y jardines en la periferia y en las salidas urbanas. El pensamiento urbanístico y la búsqueda del placer al caminar hizo que se situasen cerca de sus puertas, como sucedía en Madrid, cerca del mar como la alameda de Cádiz, la rambla de Barcelona y otras, difuminando el límite entre lo urbano y la naturaleza, permitiendo la apariencia de cierta domesticación de la segunda (Sambricio 1991: 193-257; Lozano Bartolozzi 2011: 221-226). El paseo admite la reflexión pero también la charla, en una época en la que dirigirse a un desconocido y entablar conversación con él aún se veía como algo normal, de lo que los almanaques dan abundantes testimonios. La tertulia peripatética, por el paseo o el jardín, se suma a la sedente.

Esta distribución del territorio urbano correspondía a la nueva sensibilidad y concepto del ornato, que no solo consistía en adornar y alinear las fachadas sino en hacer las comunicaciones más cómodas y seguras y en distribuir los servicios (mercados, paseos, teatros, etc.) de forma homogénea. Los autores pasean y callejean sin establecer diferencia entre ambas acciones, y sobre todo observan. Si hemos de hacer caso al teórico del paseo, a Balzac, «callejear es una ciencia; es la gastronomía de los ojos» (1980: 45). Pero los «teóricos» del siglo XVIII que miran alrededor no se detienen en este aspecto, reparan en

que, como otras, es una práctica bastante codificada de la nueva civilización. A finales de siglo Juan Fernández de Rojas informa de que el día de paseo del petimetre, cuando realiza esta actividad saludable, es el miércoles, y ofrece esta idílica visión:

A propósito de paseos. ¿No es un placer, una diversión inexplicable aquel concurso, aquella multitud, aquella confusión de gente, toda lucida, brillante, alegre, contenta? Las clases se confunden, se mezclan el artesano y el caballero; las señoras y las criadas todas juntas van, vienen, vuelven y revuelven, sin distinguirse por el traje, por sus aires, sin incomodarse los unos y los otros. Los petimetres, las petimetras, enlazados unos con otros del brazo, pasan cantando entre dientes algunas nuevas seguidillas, hablan de política y de moda, de filosofía y de cintas; todos se reúnen y mezclan para formar una variedad de colores, cual la que se ve en el prisma.

Los rostros se muestran risueños y agradables, reina una libertad, una satisfacción desconocida en las ciudades de provincia. Ninguno teme las murmuraciones de otros y todos murmuran del que quieren, pero de un modo que nadie conoce [a quién se critica]; el que quiere brillar, brilla, y el que quiere ocultarse y no ser conocido, lo logra finalmente. No hay distinción ninguna, y sí solo el placer de verse, de reír y de hablar. [En el paseo] se dejan para las casas los cumplimientos, las ceremonias y las etiquetas. Allí se abrazan los unos a los otros cordialmente y se complacen en echarse con ayuda de los cefirillos torbellinos de polvos *a la mariscala*, o de ámbar gris, mas allá otros sentados en las sillas pasan revista a todas las gracias y gentilezas que puede inventar el espíritu de las modas (1796: 49-50)⁷.

Las alusiones de autores de pronósticos, periodistas y costumbristas al paseo y al caminar, a edificios, calles, plazas, negocios, como ejemplos de las alteraciones urbanas que se dan en todos los ámbitos, son continuas en el periodo, presentadas como medios para conocer el entorno, a uno mismo (en lo que luego será el famoso *flâneur*) y como espacios y prácticas de socialización. El autor de almanaques es un caminante errabundo, pensador, observador, solo entre la multitud (con la que sin embargo interacciona), cercano al mundo de los traperos, aguadores y demás oficios que se desempeñan en la calle, y, como los primeros, encuentra en lo que para los demás es inútil o inservible la materia de su escritos. Es un observador de la multitud que pasa fugitiva, como lo fueron los periodistas y no pocos pintores⁸. El autor de pronósticos se interesa por los individuos desde un punto de vista estético (las descripciones que se hacen de ellos, así lo muestran), pero también hay un peso moral en el acercamiento desfigurador, al juzgarlos o apiadarse de su situación. Diego de Torres Villarroel ofrece muchos testimonios de estas dos miradas, y también de que se considera distinto de esos a los que mira y son su materia literaria. Uno de los más vívidos, orgullosos y viscerales es este:

Entre todos los sopistas, pobretones y desvalidos (le dije) que tunan por este gran pueblo, ninguno entró en él tan mísero y desamparado como yo; pero jamás comí en

7. La idea de que el paseo iguala a los ciudadanos está muy extendida en los testimonios de los siglos XVIII y XIX, si bien ya en los años treinta de esta centuria empezaron a diferenciarse los espacios de la sociabilidad por grupos y clases sociales (Álvarez Barrientos 2017: 173-183).

8. Sin ir más lejos, el mismo Goya acudía a tabernas y recorría las calles para encontrar escenas que pintar. Sobre la figura del trapero como metáfora del escritor, Escobar (2000).

bodegón, bebí en taberna, me acosté en los Caños del Peral, ni dormí en los cajones de la plaza, casa de linajes, ni otra de las zahúrdas desdichadas, que les suelen tocar a los hombres oscuros y desconocidos (1757: 11).

De esa sociabilidad urbana, de esa urbanidad, ofrece numerosas muestras José Cadalso en sus *Cartas marruecas*, por ejemplo en la XL, cuando Nuño y Gazel deambulan por «la calle principal de la Corte» saludando a conocidos y asocian «conversación y paseo», como lo hizo después el citado Karl Gotlob Schelle. De esos paseos nacen propuestas de reforma urbana y percepciones cívicas que van desde lo moral a lo físico, caracterizando a la ciudad por sus distancias, por sus hitos arquitectónicos (pues en este periodo también es percibida como un monumento), por las costumbres de sus barrios, por el perfil de los oficios que en ellos se desarrollan y por el de sus usuarios (recuérdense las palabras del petimetre de *El tocador*), como retrata Cadalso, pero también un andarín como fray Miguel de Santander (2019) que, además de recorrer los territorios para acudir a sus misiones, caminaba las localidades, dejando textos dirigidos a ministros y familiares sobre qué mejoras se podían introducir en los lugares y ciudades por los que transitaba.

Los personajes de Cadalso pasean por Madrid, y dejan escenas y testimonios de las dinámicas de la modernidad, de los lugares de charla y paseo, de la aceptación o no de sus prácticas. Pasean, como los autores de almanaques y algunos de sus personajes, para describir por haber visto *in situ* (De Jong 2018)⁹, y para catalogar a los caminantes, estudiar sus movimientos y describir sus aspectos cuando compran, venden, toman café y charlan. Recogen información y clasifican a los viandantes como si se tratara de especies botánicas, haciendo a veces esbozos de una «teoría del andar» como la que en 1833 perfeñó Balzac.

Cadalso no, y otros tampoco, pero los responsables de los pronósticos observaron con todos sus sentidos, por lo que se tienen tantas alusiones al (mal) olor de las calles¹⁰; a los sabores de lo que comen y beben, y al tacto, por ejemplo de las ropas, que trasladan con un léxico lleno de relieves. El mal olor se combatió de forma más decidida en esta centuria, por lo que las alusiones a él no son solo anecdóticas, sino que delatan la posición social ante las medidas higiénicas, además de crear desde ellas la imagen de la capital, caracterizarla desde el olfato. Los astrólogos que salen a la calle usan su inteligencia, sus ojos y el resto de sus sentidos para dar testimonio urbano. Es la experiencia sensorial, *in situ* o en movimiento, la que permite, en definitiva, conocer las particularidades de la ciudad, proponer y criticar. Por otro lado, solo se la puede intentar comprender, al caminarla, solo así se tiene idea de su carácter.

9. Más tarde se verá que Torres Villarroel se desplaza a la ciudad de San Fernando de Henares para visitar la real fábrica de tejidos allí fundada.

10. Por ejemplo, Torres Villarroel (1740: s. p.): «no la abrazara por aquel olor que tuvo a sobaquina; ¡mire qué traza de echarme a pechos la pestilencia de un doctor que siempre está resollando pujos, cámaras, tiña, sarampiones y otras epidemias y contagios!».

CIUDADANÍA: LEGISLACIÓN, DENSIDAD Y ORGULLO CÍVICO

La literatura en forma de legislación y ordenanzas dio cuenta de esa situación de cambio; los planes para ensanchar la ciudad, también. Recuérdese que Jovellanos (2005) quería en 1788 romper la cerca de Madrid para desarrollarla por el norte, precisamente por donde se hizo en el siglo XIX con el plan de Carlos María Castro; otras, como Santander, conocieron esa ampliación en pleno siglo XVIII, tras derribar sus murallas. Se enfrentaba la concepción de la ciudad acabada –reflejo de las formas de centralización– a la de la ciudad en formación y desarrollo. Pero este pensar legislativo era anterior. Si se toman las *Ordenanzas de Madrid* redactadas en 1718 por Teodoro Ardemans se ve cómo el arquitecto y tracista, además de las ideas consecuencia de su experiencia y observación, y de la tradición reformista nacional, incorpora la reflexión del momento en un pensamiento que tanto atiende a lo práctico de las calles y edificios como a su belleza y salubridad, de modo que considera la disposición de la casa, los espacios que han de ser sanos y secos, su higiene, su fachada, mostrando una gran atención a las relaciones entre construcción, diseño y civilización. Ardemans se preocupa así mismo por la distribución de la metrópoli, su zonificación y, por tanto, por el precio del suelo en función del uso que se le fuera a dar (1830: 135-146).

Pero también la literatura de creación respondió a las dinámicas de la modernidad que se ventilaban en la urbe al exponer a un joven del campo al ambiente de la ciudad. No son solo ejercicios que actualizan el viejo enfrentamiento entre la aldea y la corte, al estilo de fray Antonio de Guevara; son ejemplos de cómo se percibe y se gestiona la diferencia, el cambio al que se somete a la ciudad, al individuo en ella y a su entorno rural, al que llegan las noticias de las posibilidades que permite la lejana, mítica y peligrosa capital. Es el caso del relato de quien se oculte bajo el posible seudónimo de Antonio Muñoz, *Morir viviendo en la aldea y vivir muriendo en la Corte*, pero también de sus *Aventuras en verso y prosa del insigne poeta y su discreto compañero*, aparecidas en 1739, que se sitúan en Valladolid. Los dos son textos que, más allá de criticar las nuevas costumbres y también ciertas tradiciones, constatan los procesos y polémicas que el nuevo tiempo imponía a los individuos, aún no ciudadanos, aunque el término comience a ser de uso relativamente corriente en el último cuarto de la centuria.

Las obras de Muñoz hablan del arraigo a la tierra, de cómo los espacios se convierten en lugares, de las percepciones, los comportamientos y las creencias que están en conflicto y confluyen en crear conciencias colectivas de pertenencia, de cómo en el contacto con la ciudad cambian los caracteres. En definitiva, del modo en que se va creando una noción de ciudadanía, en la que no pocas veces influían de manera determinante reformas higiénicas y de salud pública. Esos cambios forzaban alteraciones en las costumbres, en los modos de relacionarse, y sobre todo, siendo resultado de pensar la ciudad, inducían a pensarla de nuevo. Ingenieros, fontaneros, intelectuales se vuelven sobre las

calles y los edificios para ordenarlos, alinearlos y mejorar la circulación por ellas, su salubridad y su uso, con el fantasma de la ciudad ideal al fondo.

La metrópoli deja de ser un espacio fijo para transformarse y, en la medida de lo posible, crecer; se vuelve un lugar abierto. Los escritores del siglo XIX lo reiteraron una y otra vez, pero los del XVIII también percibieron ese cambio, cómo la memoria, las emociones, la vinculación económica creaban la ciudadanía y al ciudadano. La modernidad es descrita por ellos mediante detalles y fragmentos, en lo fugaz y mutable¹¹. Y uno de los rasgos característicos de esta literatura que da cuenta de las mudanzas que se obran en la ciudad es el que alude al papel de la masa, a su transformación en público. Un público siempre visto con recelo, sobre todo desde el momento en que se levante contra Esquilache en 1766. La multitud era un problema, había que orientar y vigilar su mayor densidad urbana y su tendencia a ser protagonista, tanto si atacaba al rey (en la Revolución Francesa), como si iba contra sus ministros o contra cualquier otra causa que uniera a los individuos anulando sus percepciones personales, como recuerda Sennett (2019).

Esa densidad se percibe en los textos, y en los almanaques mediante descripciones de grupos situados en plazas y aceras, que son un elemento nuevo de relación con el espacio urbano y los demás viandantes; en los problemas que ocasionan los coches, en los que luego se llamarán «Peligros de Madrid», según rezan las famosas aleluyas morales. Los individuos de provincias dejaron testimonios de esa condensación social en sus cartas, algunos despreciando el ambiente cortesano, como Viera y Clavijo, otros mostrando cierta ansiedad ante el hormigueo de la vida alrededor, como el citado Sarmiento. Se producía una intensificación de los estímulos que, si desagradaba al crítico de las novedades, agradaba al petimetre de los libros de Fernández de Rojas. Las caricaturas de esa figura bullendo por la ciudad como un buscapiés indican hasta qué punto formaba parte del espacio urbano y encontraba su razón de ser en estar presente, ocupar ese espacio y seguir los horarios que imponía el ritmo de la ciudad (*toilette*, paseo, almuerzo, teatro, visitas, juegos). El personaje existía y tenía sentido en sus calles. Frente a esta exposición exterior, los textos testimonian los debates para proteger la intimidad y la privacidad frente a la tendencia abierta, socializadora y comunicativa.

Toda esta atención a la ciudad, teórica, literaria, legal, se manifestaba también, en forma de orgullo cívico en el caudal de imágenes que sobre las urbes contemporáneas inundan el mercado, tanto en forma de estampas como de óleos, según se indicó. Frente a las visiones a menudo esperpénticas y deformes descritas en muchos de los almanaques, cabe recordar la pléthora de *vedutistas* con Canaletto y Bellotto a la cabeza que se extiende por el siglo mostrando ciudades, sin olvidar a Antonio Joli para la capital española, ni los

11. Varios han sido los que han estudiado este proceso para el siglo XIX francés, con Walter Benjamin a la cabeza, centrándose en la emblemática obra de Baudelaire *El pintor de la vida moderna*. Pero la literatura costumbrista del XVIII español está llena de ejemplos de esto que se señala; véase Escobar (1988) y Álvarez Barrientos (1990; 2013).

muchos ejemplos en otras localidades nacionales (Urrea 2012; Sazatornil Ruiz y Madrid Álvarez 2019). Los retratos de Madrid del italiano son estrictamente contemporáneos de esta literatura de almanaques que tiene a la ciudad por protagonista o por escenario. La *Vista de la calle de Alcalá*, la de la calle de Atocha, la del Palacio Nuevo, la del Puente de Segovia, la de la Plaza Mayor, la plaza de toros, son de entre 1750-1754, año en que vuelve a Italia. Y de esos años son también los proyectos para cartografiarla mediante el catastro, planos y la *Planimetría general de Madrid*, iniciada en 1749 y finalizada en 1767, que dio pie al *Plan general de Madrid* (1766) y al posterior *Madrid dividido en ocho cuarteles, con otros tantos barrios cada uno*. Madrid fue un escenario habitual en los pronósticos pero también un personaje. Otras ciudades recibieron atención pero no como la capital, que estaba sumida en las transformaciones propias de un lugar que se quería representacional del imperio. Los almanaques dan de ella una imagen no convencional, alternativa de las que se conocen por estampas y cuadros encargados por la Corona o realizados a su sombra. Imágenes institucionales de propaganda para competir con las de otras cortes y capitales. Por otro lado, esos planos y planimetrías pretendieron divulgar una imagen científica de la forma y bellezas de las ciudades, frente a las construcciones urbanas subjetivas.

Al mismo tiempo, otras representaciones de las ciudades tenían también interés y convivían con estas. Me refiero a las que mostraban el pasado en ruina. El descubrimiento de Pompeya y Herculano en 1749 hacía reflexionar sobre la caducidad de las civilizaciones y el paso del tiempo, eran testigos de su no perdurabilidad. Las estampas que daban cuenta de esos restos, publicadas bajo el patrocinio del que luego fue Carlos III, tuvieron enorme importancia e impacto, lo mismo que las que se abrieron tras el terremoto de Lisboa en 1755. La representación de ruinas se convirtió en un género con convenciones, que evolucionó con el tiempo, los cambios en los métodos históricos y científicos y las nuevas cosmovisiones (Martí 2005). Frente al pensamiento «constructivo», que pensaba la ciudad para el ciudadano y la quería cada vez más segura y sana, la representación «ruinista» del pasado y de las urbes describía la crisis física y moral del Antiguo Régimen, en lo que también estuvieron implicados los almanaques con su exposición de las transformaciones que se daban en las ciudades.

GEOGRAFÍA, CIUDAD Y ALMANAQUES

La primera presencia de la ciudad en los pronósticos se encuentra por lo general en el título, ya que los autores lo vinculan (y a sí mismos) con una. De modo que hay un sarrabal milanés y otro burgalés, por ejemplo; Madrid u otra capital aparece en el título, mientras los astrólogos son profesores de matemáticas o de otras materias en diferentes localidades, a las que se sujetan. Eso sin olvidar que los lugares tenían su filiación astronómica mediante el horóscopo, como figura en los mismos almanaques y en tantos planos. Por

ejemplo, el «Plano geométrico e histórico» de Madrid que en 1761 puso a la venta Nicolás Chalmandrier señalaba en su descripción astrológica que la dominaban Júpiter y el Sol, que sus signos eran Leo y Sagitario, y su ángel de la guarda, San Miguel (Álvarez Barrientos 2017: 47).

La preocupación urbana, como se señaló, espoleada por los movimientos migratorios y por la conversión de determinadas capitales en centros desde los que se mandaban modas, leyes y modelos, así como la gran movilidad general que se produce en el siglo, estimula la curiosidad tanto sobre aquellos lugares de los que solo se tiene vaga información como sobre los lugares desconocidos. Pronto los almanaques añadieron páginas para dar noticias acerca de geografía, tanto física como política, ofreciendo descripciones de las zonas ignotas y de las localidades más importantes de los diferentes reinos. Destacaron en este ámbito tres autores: entre 1739 y 1741, Francisco de Horta Aguilera; en los años centrales de la centuria, José Patricio Moraleja y Navarro, y entre 1779 y 1782, José Iglesias de la Casa. El cordobés Horta no se preocupó demasiado de poner su información al día o de variarla y así en 1740 y 1741 repite lo contado en 1739 con solo algunas alteraciones sintácticas. Su pronóstico se titula *El totilimundi, histórico-genealógico, cronológico y geográfico*, y es este último apartado el que incorpora las casi cien páginas acerca del «planisferio general de la Tierra». Tras señalar su condición esférica y sus giros alrededor del sol, pasa a detallar los reinos y territorios de los distintos continentes, haciendo unas descripciones superficiales de sus capitales: la razón de sus nombres, tamaño, monumentos, clima. Está más cerca de la *laudatio* que del estudio histórico y urbanístico, pero, como se adelantó, lo que ofrece es información objetiva, cuantitativa, sobre el número de palacios, iglesias, plazas, etc. Se asemeja a las fuentes de las que extrae los datos.

Distinto es el planteamiento de Moraleja Navarro, quien, mucho más demorado, dedica los pronósticos que firma bajo la máscara del «Jardinero de los planetas» a hacer descripciones físicas de los continentes, concediendo apenas espacio al almanaque propiamente dicho. El que es para 1748 describe Europa; los siguientes años se dedican a Asia, África y América. 1752 se centra en la «España oriental»; 1753 en la «España meridional» y 1754 en «Galicia y Extremadura». Y dentro de esos apartados detalla las más importantes metrópolis, deteniéndose en lo urbanístico, en las plazas y calles. El almanaque para 1748 consta de noventa y cinco páginas, de las cuales solo una y media son para el «Juicio del año». El resto lo forman la larga dedicatoria y la «Descripción alfabética político-histórico-geográfica de las cortes y repúblicas más principales de la Europa», con especial atención a sus «calles, plazas, templos, palacios, casas y recreos», sin olvidar su extensión, religión y otras noticias que pueden interesar al «curioso». Moraleja Navarro en el «Jardinero de los planetas» atiende más a la variedad, a la información y educación de su lector, que a la predicción del año. En esto es consecuente con otra clase de publicaciones que frecuentó, en las que buscó entretener y ganarse la vida. En esas obras, como en los almanaques, y es un signo distintivo, relaciona las

fuentes bibliográficas de que se ha valido para hacer su geografía universal en fascículos.

En 1741 había publicado *El entretenido, segunda parte. Miscelánea de varias flores de diversión y recreo, en prosa y verso, adornada de diversas relaciones serias, burlescas, seri-jocosas, entremeses, novelas, seguidillas y otras muchas noticias curiosas para el gusto de los aficionados*, con informaciones sobre Madrid que le sirvieron para el almanaque correspondiente, y en 1745 *el Ramillete curioso, tejido de diferentes voces hispano- latinas: tesauro lacónico, índice general que contiene nombres de varias y exquisitas curiosidades tocantes al hombre, sus vestidos, manjares, ejercicios, ciencias, dignidades y diversiones, animales, peces, aves, plantas, árboles, flores, frutas y otras diversas cosas de recreo de los estudiosos*, en el que también compartió materiales de sus pronósticos. Con la información que da sobre las ciudades, en especial sobre Madrid, atendiendo a los pretendientes, sigue la línea de las guías de forasteros pero también prepara trabajos como el *Compendio histórico de la coronada villa de Madrid, Corte de la monarquía de España*, de José Antonio Álvarez y Baena (1786). No en vano se basa en los trabajos sobre la capital de Gil González de Ávila, Gerónimo Quintana, el padre Mariana, Alonso Núñez de Castro y otros.

En el pronóstico de 1746 incluye unas «Lacónicas noticias de la antigüedad, grandezas, denominación y excelencias de la imperial y coronada villa de Madrid» (1745: 33-68), en las que mezcla el dato objetivo y cuantificable con la observación subjetiva. De modo que «hay en ella diferentes, anchurosas y capaces plazuelas, que en las más españolas ciudades apetecerían para plazas. Las calles pasan de quinientas siendo las más de longitud y anchura muy bastante, hermoçada la mayor parte de primorosos, pintados y nuevos edificios, y balcones del metal del vizcaíno señorío» y sus «más principales calles son un divertido embeleso, así por su primorosa estructura, como por la copiosa variedad de objetos que por ellas transitan» (1745: 35 y 37). Frente a la imagen deformada y burlesca de algunos astrólogos, Moraleja presenta otra variada, amable y divertida, más cercana a la institucional. Su punto de vista, en general, es más objetivo.

Sus informaciones sobre las capitales no españolas son bastante sumarias, en parte parecidas a las que proporcionó Francisco Horta, aunque actualizadas. Por otro lado, es muy sensible a la dimensión artística, urbanística y a los extremos que dan información sobre la grandeza de los países y de sus ciudades. Por ejemplo, al tratar sobre La Haya indica que tiene «bellos edificios, paseos y calles de árboles», que son anchas y largas, y muchas son canales con barcos. Sus casas son uniformes y están hermosamente pintadas. Y de Nápoles proporciona detallada información: «las calles son anchas y derechas, especialmente la de Toledo, adornada de grandes palacios. Las casas son bien altas, de uniforme estructura, con terrados muy bellos» (Moraleja 1747: 45-46, 67).

Recogió el proyecto de Horta y lo mejoró. El subtítulo o la descripción de lo que contiene el pronóstico es similar al del ingenio cordobés. Cuando llega a la descripción de España sus informaciones son más completas y tanto

proporciona cantidad (número de plazas, de palacios, de iglesias), como calidad: representaciones teatrales, clima, detalles como que Granada tiene sus plazas empedradas y limpias, además de «célebres paseos». Apuntes como estos dan cuenta de lo que interesaba a los lectores y de las modas que se establecían a la hora de dar cuerpo a una ciudad (Moraleja 1752: 25). Sin olvidar el papel decisivo que juegan en la conformación de una identidad nacional desde la historia y la geografía.

Para el año 1779, Iglesias de la Casa recupera la idea, y se centra primero en Castilla la Vieja, de la que proporciona una «descripción histórico-geográfica» con «noticia de sus ciudades y poblaciones». Su idea es suministrar «la descripción de toda nuestra monarquía». Pasa revista a las ciudades y villas en cuadros de mayor o menor extensión destacando lo más reseñable de ellas en lo religioso, político, civil, artístico, además de sus orígenes. Lo mismo hizo en años sucesivos con el reino de León, Castilla la Nueva y Extremadura. Si suele proporcionar información correcta, a veces exagera el adjetivo, como le ocurría a Moraleja, al hablar de Madrid, seguramente para destacar su condición de Corte (Iglesias de la Casa 1780: 7-8).

Todos estos trabajos de Horta, Iglesias y Moraleja describen España, la narran desde su geografía e historia, produciendo entre los lectores una idea del país desde el territorio, pero también de sus localidades, desde su historia y su monumentalidad, así como desde su cuantificación. La arquitectura, los monumentos, el número de calles, plazas, plazuelas, fuentes, iglesias, conventos, hospitales, montes, ríos, etc., ayudaban al público a hacerse idea del tamaño y grandiosidad de los lugares que desconocían, de esa Corte que era una imagen nebulosa llena de peligros, tentaciones y deseos. Comparar unos lugares con otros también ayudaba a hacerse idea, y para ello las cantidades eran buena ayuda. Las descripciones proporcionaban imagen del territorio y de la ciudad; las narraciones históricas y las descripciones físicas, de la pertenencia a un espacio histórico delimitado geográficamente y cronológicamente. Estos textos creaban nación desde la geografía mejor que las historias que por los mismos años se escribían y eran leídas por una minoría. Junto a esta experiencia estaba la de la cartografía, que servía igualmente para «poner cara» al territorio y al reino.

CIUDAD Y CIUDADANOS EN LOS PRONÓSTICOS. UNA APROXIMACIÓN A MADRID

A esta información más o menos objetiva, externa, sobre las ciudades, hay que añadir la que los diferentes autores proporcionan, a menudo sobre la Corte, en forma de comentarios acerca de sus edificios, sus habitantes y sus costumbres, las descripciones de calles, plazas y barrios. En ellas se percibe tanto la subjetividad de la relación con el entorno, como el modo en que se elaboran los tópicos, la imagen, las señales de identidad respecto de la urbe y el imaginario que estructura el esquema centro/ periferia en la mente de los

lectores. Todo a base de escenas costumbristas más o menos deformadas por la lupa del autor. Por ejemplo, el «Licenciado Lampiño», en *El pronóstico más fijo* para 1728, se centra en unas figuras fundamentales entonces, presentes con sus canciones, cartelones, gritos de venta y puesta en escena: los ciegos, presentados como elementos necesarios a los escritores porque venden sus papeles por las calles, como individuos «viandantes» y «vociferantes» que desempeñan su labor en medio de la masa creciente a la que ya me referí: «enfadosas mareas, coches frecuentes, pasajeros descuidados y compradores prolijos» (1728: s. p.)¹². Y en 1751, Juan de Fuentes Donses recuerda que en Madrid en febrero de 1730

una mañana que, por el destemplado temporal, mis compañeros, ni yo, no pudiendo salir de la posada, no quisimos desamparar la cama, oímos una mal repartida procesión de ciegos que pregonaban *Piscatores*. Uno decía, *el Piscator de Galicia*; otro, *el Piscator de Salamanca*; otro, *el Piscator andaluz*; otro, *el gran Gotardo español*; otro, *el Piscator de Sarrabal* y el último decía *el Piscator volandero y Sarrabal de Madrid*. ¡Válgate el díañe (sic), dije, por tanto Piscator! Voto a dioses, que esto me huele a empeño de provincias (1751: 5)¹³.

Una imagen de la ciudad en movimiento. Vivaz es también la «Nota que hace un curioso a la salida del autor de la imprenta, a la casa del librero», en la que, por una parte, aparece la palabra «curioso», que con el tiempo se especializó hasta llegar a significar el entendido en alguna materia, sinónimo de «aficionado», y, por otro, la expectativa que podía generar la aparición de un almanaque, sin desdeñar la propia alegría e interés del autor al ver publicada su obra.

Salió el promotor de esta quimera de la imprenta de la calle de la Paz y, tomando la de la Estafeta, a grandes voces iba diciendo: ¡Fuera, fuera!, apártese el que no quisiere que le atropelle este tercio de verdades; ¡fuera, digo! Alborotóse la gente y los perros empezaron a ladrar (anuncios fijos de morder), y examinando lo que era, vieron venir una figura como estudiante o estudiante como figura, con un paquete de papel (1728: s. p.).

El autor invade la calle con velocidad y rompe el ritmo de los que la ocupan. Cuarenta años después, en 1764, Bartolomé Ulloa, igual que Sarmiento, da cuenta del aumento poblacional y de cómo se altera el paisaje urbano y su economía, también de forma vertiginosa, al constatar la desaparición de algunos oficios a causa de los cambios en las modas, en la industria y en la artesanía, así como denota el surgimiento de tiendas, mercaderes y otros profesionales. Ulloa señala que cambia el espectro comercial, pasando de lo artesanal a la organización en gremios —precisamente en 1763, en la ola europea de creación

12. Los problemas de tráfico que ocasionaban los coches son recogidos ya en el teatro del siglo XVII, y también hay legislación por todo el Continente, en un intento de regular su circulación, que en Londres ya se había organizado.

13. En 1684 también se aludía a los ciegos como vendedores de almanques: «es tanto el ruido que anda de ciegos y muchachos vagamundos por las calles pregonando pronósticos» (González de Godoy, 1684: 2v). Sobre los ciegos, véase Botrel (1993: 15-98), Álvarez Barrientos (1987) y Díaz (1997).

de corporaciones de negocios, se había fundado la Compañía General y de Comercio de los Cinco Gremios Mayores de Madrid—, pero también urbano y el modo en que se alteran las sedes de los oficios.

Otro [escritor] que declare por qué hay más al (sic) doble de comerciantes que el año de 1732 y, por consiguiente, las casas que se han hecho tiendas; cuántos mancebos y criados sustentan más que los antiguos y, en suma, que de los de compra y vende, así mercaderes como regatones, cuántos tiene empleados el comercio entre útiles y vagos.

Que escriba otro el número de mercaderes que debe haber, dando razón de los sirvientes que deban tener y que de aquella cuota no se pueda pasar, dejando dicho número, lo más, en la tercera parte (y me parece mucho) de los que hay hoy, respecto a que ellos mismos dicen y contestan que el comercio está perdido, pero sin embargo mantienen las casas, pagando alquileres muy excesivos, y son los amos.

Que escriba otro, y de inteligencia, en qué consiste que los oficios se hayan disminuido tanto, y que de algunos ya se ha olvidado el nombre, como por ejemplo, casulleros, espaderos, bordadores, golilleros y otros de poca monta, y que nadie se acuerda de ellos; y por qué se ve la mitad de la platería mudada; otra mitad de la librería de frente San Felipe convertida en tiendas de varias mercaderías, y que declare el motivo porque se acaban y destruyen las casas laboriosas de los artesanos y se las apropian los comerciantes, y los maniobreros principales se ven precisados a vivir en los rincones porque los revendedores tienen tomado todo lo principal, ocupando gran parte tabernas, bodegones, barberías y otros que debían estar en los rincones, en que hoy están los artesanos (1764: 6-9).

El autor convierte su prólogo «Al lector» en una reivindicación de carácter social, a la que no es ajena la crítica tradicional sobre la mala praxis comercial, pero la actualiza con observaciones contemporáneas de tipo moral que casi son una impugnación de los nuevos usos sociales (criados, gente de librea, caleseros, revendedores, etc.). Pero además es una impugnación a los cambios que se producían en Madrid, tanto en los espacios como de funciones y protagonistas. La invasión de los nuevos métodos comerciales y de las nuevas modas es refutada en su totalidad. Su censura se extiende también a los nuevos medios literarios, los periódicos, y a sus modos (que eran los tradicionales) de publicitarse: «ensuciadas todas las esquinas con los carteles que publican los papelillos de un enjambre de escritores a la moda, que procuran embobarnos y quitarnos el tiempo con sus simplezas» (1764: 21)¹⁴. La «escritura expuesta» es desestimada en su totalidad: carteles, placas, anuncios, ordenanzas municipales.

En su visión negativa, la nueva literatura periodística (*El Pensador*, *Novelero de los Estrados*, *Cajón de Sastre*, *Duende Especulativo*, *Aduana*) sustituye a la correcta, que es la de Quevedo, Cervantes, Solís, fray Luis y otros. Una España que desaparece. El público prefiere los diarios, «los lleva en un bolsillo de la casaca, y siempre va la librería portátil con la persona» (1764: 26), de modo que se ocupa en lecturas superficiales, como superficial es frecuentar los paseos y las tertulias. Es decir, al lector no le interesa el pasado sino el presente como

14. A «carteles en las esquinas de la Corte» alude Pedro Jiménez Fernández (1756: s. p.) y Jacinto Pedrosa a «la esquina donde se fijan los carteles de las comedias» en la Puerta del Sol (1757: 1).

anuncio del futuro. Ulloa se sumaba a aquellos moralistas que censuraban los nuevos usos y costumbres, y lo hacía de un modo rígido y serio, no al estilo jocosos, irónico y burlesco que empleó a finales de siglo el autor de la *Crotología*, de *El tocador* y otras piezas que dieron cuenta del estado social madrileño.

Estas imágenes de una ciudad «vociferante», como la denominó el «Licenciado Lampiño», llena de vendedores y compradores (y que describa a los ciudadanos mediante rasgos económicos y comerciales no deja de exponer los nuevos rumbos), se ejemplifican en parte en *Los gritos de Madrid* (1817) de Miguel Gamborino, que muestra a los vendedores del momento. Se complementan con aquellas en las que los protagonistas de los almanaques salen a los paseos de la periferia en busca de paz y se sientan en las alamedas y en las orillas del Manzanares para escribir su obra. Los sonidos urbanos o semiurbanos de esa zona son distintos, a menudo de fiesta, por la que hace un desgastado grupo de ciudadanos. Los gritos de la ciudad serán pronto los de los amotinados contra Esquilache en 1766 pero también aquellos que idealizó Luigi Boccherini en su *Música nocturna de las calles de Madrid*, de 1780, en los que tienen cabida el tañido de las campanas, las músicas militares, el pasacalle de los «Manolos» y el «minueto de los ciegos», que reproduce el rasgueo de sus guitarras.

De los almanaques se extraen imágenes discontinuas, no unitarias, de un Madrid hervidero, cuyas calles son espacios en los que dirigirse a un desconocido no extraña. El deseo de silencio y de intimidad será más propio del siglo XIX, aunque haya testimonios anteriores, por lo general vinculados al público teatral, pero aún será habitual que no extraña apelar a un desconocido y que este acepte la charla (Álvarez Barrientos, 2019: 60-74). En los almanaques y en otros textos es frecuente encontrar a los habitantes congregados alrededor de un ciego o de un cartel, que alguno lee, o reunidos en corro para comentar las noticias que alguien proporciona; esos que eran llamados «noveleros» y «novelistas», porque eran charlatanes portadores de nuevas o novedades, aunque fueran solo bulos. Uno de esos puntos en Madrid era por supuesto la Puerta del Sol, pero también, cerca, la calle de Atocha esquina con la Aduana, «donde se encuentra siempre, entre bobadas del que busca lo que se le perdió, simplezas del que ofrece lo que se halla» (Jiménez Fernández 1756: 1-2). Allí se anuncia un papel nuevo y varios individuos se concentran ante la novedad, que es el pronóstico que el lector tiene en las manos y cuesta dos reales (o treinta hojas de disparates por diecisiete cuartos). El narrador lo compra y se dirige a la cárcel a visitar a un amigo. Allí asistimos a un ejemplo de lectura en grupo para aliviar las «melancolías» de los retenidos¹⁵.

Pero esta condición ágil, variada, de la ciudad, su movimiento, que también se percibe en la aceleración que en sus vidas ven los individuos y en el cambio de las modas, cansa. Ya se advirtió que era una de las características de la

15. Otro se advierte en el «Prólogo al lector» de Juan de Valenzuela (1757: s. p.): «tendrás en qué entretejer el tiempo en aquellas noches lóbregas y frías de la estación, en que no pudieres concurrir a tu tertulia, si recoges a tus domésticos y les lees de cuando en cuando un parrafito». Y el mismo autor, más adelante, ejemplifica esta práctica en la Puerta del Sol (3).

ciudad moderna. Produce «el molimiento que trae consigo la vida ambulativa de la Corte», según observa Jacinto Pedrosa (1757: 1). La constatación denota que los ritmos vitales se habían precipitado, de qué manera los valores que habían servido durante décadas dejaban de ser útiles, asediados por nuevas formulaciones, nuevos lenguajes, nuevos referentes.

Otro ejemplo de esa percepción, de la dinámica entre el pasado y el presente de los protagonistas urbanos, lo ofrece Francisco Suárez en su *Piscator de los viejos del Barquillo para el año de 1757*. En él reúne a varios ancianos en tertulia a la puerta de la casa, sin necesidad de salones, que hablan de hechos ocurridos en los últimos treinta años del siglo anterior, de los que fueron protagonistas o testigos: batallas, fiestas de toros, festejos de la época de Carlos II, como caso de perduración del tiempo viejo, del recuerdo, que aún permanece «enfrentado» o sobrepuesto al tiempo nuevo, pero también en testimonio de cómo esos ancianos que han pasado los ochenta años de edad se adaptan a lo que les toca vivir y encajan su pasado en su presente, y al revés. Son seguidores de lo que dicen los pronósticos («¿saben ustedes si el almanaque da reumas para este cuarto de luna?») pero, de lectores, deciden convertirse en autores de almanaque para hacer negocio «y pasar el invierno con comodidad», adaptados al auge de una centuria en la que muchos escriben. Como buenos usuarios, demuestran conocer bien los elementos constitutivos del objeto que consumen, y así, junto a las mediciones y predicciones, saben que hay que poner «ripios», es decir, versos, «requisito» sin el que «ya no tienen salida los piscatores» (1756: 3). Todas estas reflexiones sobre los almanaques y su salida económica interesan porque uno de ellos, que ha sido discípulo de Pedro Enguera, recuerda que abandonó la práctica por la mucha oferta, que hacía menguar la ganancia y dificultaba la venta. Para soslayar este escollo deciden encontrar una novedad

extraña, que es en lo que consiste que los piscatores tengan salida, pues, si logramos dirigir el nuestro por un camino poco trillado, llamará la curiosidad, de modo que no me contento con que se venda una jornada de impresión; y si a los ciegos les gusta, y toman por su cuenta el despacho, en dos jornadas no habrá surtimiento para ocho días (1756: 4).

Su objetivo será que la lectura del pronóstico no resulte una pérdida de tiempo, sino que eduque y tenga variedad. Los protagonistas emplean el método de redacción en grupo del piscator, bastante habitual según se comprueba en no pocos pronósticos (Álvarez Barrientos 2020). El resultado es una mezcla de cuentos, versos, sentencias, predicciones, «dichos de sabios sobre varios asuntos» y «noticias curiosas sobre agricultura». En definitiva, los ancianos saben que el público busca en los almanaques más el entretenimiento, la información y la variedad, que las predicciones sobre el «juicio del año», a menudo vistas también como mera diversión, salvo por los muy crédulos.

La misma dinámica presente/ pasado reflejada en los espacios urbanos y en las actitudes de quienes los frecuentan, similar a la de Ulloa y Suárez, se halla en *El colegio de la Puerta del Sol*, de Valenzuela y Flores, pronóstico para 1758. El autor, tras deambular de noche por el paseo del Prado —«lugar y tiempo [de]

toda petimetra vergonzante y toda fregona cascabel» (1757: 1)– y subir por la calle de Alcalá hasta la Puerta del Sol, establece una diferencia a favor del tiempo anterior al comparar lo que fueron y lo que son los lugares emblemáticos de Madrid y sus habitantes. La perspectiva moral y la sensación ya apuntada de nostalgia por el mundo que se pierde, físico y de valores, impregnan el texto, como también el de Antonio Romero, para quien el Paseo es una «desmedida universidad del ocio» (1760: 4). Fue frecuente, en quienes escribieron sobre Madrid, establecer una diferencia entre lo que sucedía en el paseo del Prado y lo que ocurría en la Puerta del Sol, distinguiendo las características de los dos espacios, el primero más destinado al ocio y el entretenimiento. Lugares ambos emblemáticos de la capital, acogían figuras y prácticas distintas: noticias, rumores, polémicas, bulos en la plaza; recreo, pasatiempo, coqueteo, exhibición de la persona, en el paseo. Y también, en este último, negocios, sobre todo cuando se consiga mover a los menos pudientes a otros lugares de esparcimiento y el Prado quede como lugar propio de las clases media y alta. No en vano, una zona del paseo se denominó, significativamente, el «salón».

Aunque tampoco tiene mucho sentido establecer diferencias tajantes porque la Puerta del Sol era así mismo un destacado lugar de exhibición y para los negocios. Incluso en ella, hasta mediados del siglo XIX, se establecieron dos zonas distintas marcadas por los conventos existentes a cada extremo: el de San Felipe Neri con sus gradas y el del Buen Suceso junto a las calles de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo. En esta parte se reunían los aguadores en la fuente de la Mariblanca y los criados compraban en los puestos móviles que allí se situaban. El reloj de la iglesia marcaba el orden del día. Al mismo tiempo, desde un púlpito exterior se predicaba todos los viernes, adoctrinando a quien pasara en públicas misiones. En el otro lado, el de San Felipe, destacaban la lonja alta en la fachada de la calle Mayor, así como las covachuelas y las tiendas. Desde allí se contemplaba el paso de coches y gentes, y a su vez, desde los vehículos, se podía observar el trajín de la plaza. Era la zona denominada mentidero de San Felipe, por las noticias y rumores que se expandían desde el lugar, bueno para tomar el pulso a la ciudad y para exhibir la propia obra, como hizo un todavía desconocido Velázquez con el retrato ecuestre de Felipe IV, que lo expuso a la contemplación ciudadana enfrente de las gradas alcanzando un gran eco propagandístico (Bonet Correa 1980: 151).

Los autores de los almanaques salen a la calle a buscar su inspiración, a descansar o simplemente a caminar, y construyen su obra a base de estampas, escenas y cuadros fragmentados, a menudo mediante el diálogo al encontrarse con alguien conocido o no. Son observadores de lo que les rodea, hacen literatura, como la costumbrista, de lo que sucede alrededor, como luego los periodistas que desde los años sesenta comienzan a publicar sus papeles. Observador fue José Marchena en *El Observador*, lo fue Juan Antonio Mercadal (seguramente Nifo) en el *Duende Especulativo de la Vida Civil*, y tantos otros que así se muestran de forma programática en los artículos de presentación que figuran al frente de los primeros números, en la línea del *Spectator*.

Por las mismas fechas en que Addison y Steele publicaban su periódico en Londres, Torres Villarroel ponía en marcha esta literatura de pronósticos y en Madrid, en *El mundi novi* para 1730, se mostraba precisamente como un mirón, observando cuanto sucedía alrededor desde «el meadero del portal, sin que nadie me pudiese ver, ni oler» (1729: 7). El punto de vista degradado de los almanaques, que es parte de sus convenciones y retórica, no debe quitar importancia a estas producciones ni a sus indagaciones sobre la ciudad y sus lugares, pues son muestras de los procesos y dinámicas de cambio social y político que dan vida a la esfera y a la opinión públicas (Durán López 2017). El modo en que caminan los autores, pero también cómo lo hacen los individuos observados, da pistas sobre su personalidad y sobre la fisonomía de los cuerpos, tantas veces presentados desde una óptica deformada que, si muestra lo ruinoso de la fisonomía exterior, así mismo alude a las deficiencias interiores. A menudo, como luego teorizó Mesonero Romanos, asistimos a una descripción física que lleva acompañada otra moral. Anatomía física y anatomía moral, del mismo modo que «El Curioso Parlante» describía el Madrid físico y el moral.

Pero si los almanaques se ocupan de Madrid, si observan la ciudad, también lo hicieron con otras localidades, algunas cercanas a la Corte. De gran interés a este respecto resulta el que en 1749 escribe Torres Villarroel sobre «la nueva ciudad de San Fernando de Henares», en el que se comporta como un periodista que va al lugar de la noticia (Labrador Méndez 2008), o como el curioso que, frente al discreto barroco, emerge con fuerza en el siglo. Se acercó para explicarla y describir *in situ* la novedad de esa ciudad-modelo, es decir, para conocer de qué modo los proyectos de la Ilustración se hacían realidad o no. San Fernando, donde se aplicaron ideas fisiocráticas, fue un campo de experimentación en el que se unió lo mejor de las técnicas agrícolas e industriales. La fábrica de paños era la más importante de las que allí se instalaron: de terciopelos, lienzos, papel y sombreros (Rabanal Yus 1983).

Torres intentó retratar ese «poblado ejemplar» creado para albergar la Real Fábrica, que respondía a la pretensión de implantar un modelo social, urbanístico y económico, del mismo modo que se hizo en el Nuevo Baztán, con las Nuevas Poblaciones andaluzas y con otras en la América española. En 1746 Felipe V creó la fábrica de paños, proyecto que heredó su hijo Fernando VI, para no depender de las empresas extranjeras. Fue inaugurada en 1748 con Teodoro Ventura Argumosa de gobernador. Como en otros casos, junto a la fábrica se construyeron las casas para los trabajadores, que dieron pie al municipio. Por tanto, el proyecto incorporó infraestructuras como canalización de agua, regadío, presas, batán, molino de papel, sistema de tintado, lavadero, matadero y cementerio. Estos últimos, fuera del perímetro urbano, según predicaba el nuevo pensamiento urbano higienista. Pero a pesar de la inversión y del proyecto racional, la fábrica no prosperó y en 1753 se trasladó a Vicálvaro. El edificio se convirtió en hospicio, aunque la ciudad siguió su vida creciente (González Enciso 1997).

Pero antes de llegar a ese momento, a San Fernando de Henares se desplazó don Diego para contemplar la construcción, ese lugar que hacía presente el futuro, que, como otras fundaciones borbónicas, aunaba el diseño utópico con la ganancia, y que representaba los derroteros y las pretensiones de los planes políticos. El proyecto, la ciudad, fue reclamo para muchos, a juzgar por las palabras de Argumosa en octubre de 1749: «es locura el gentío que aquí concurre. Nos apuran los abastos. Mi casa ya es mesón; todas las demás, posadas, y nada alcanza, ni el gusto ya, para oír tanto elogio y alabanza» (AGS, SH, 764; cit. por González Enciso 1997: 67). Torres, como otros, acudió a la novedad de aquel empeño, y su mirada crítica presenta a los empleados como víctimas de la burocracia y de quienes les mandan, que no trabajan. La realidad vence a la idea:

Llegué, pues, una mañana del agosto pasado a esta frondosísima población, y, antes de descalzarme las espuelas, encaminé mi curiosidad a reconocer las fábricas, almacenes y demás artificios, que (antes de concluida) la han hecho felizmente memorable, y al atravesar una de sus calles, vi que estaban favorecidos de la estrecha sombra que hacía un soportal, hasta media docena de holgazanes de privilegio, entre veedores, tesoreros, guardas de almacenes, sobrestantes y otros vagamundos, que sin la menor crujía de sus lomos, y sin más zozobra que la de ver cómo trabajan los infelices oficiales y peones, se engullen triplicados los salarios (1752: 62).

Torres visita la fábrica, ve las máquinas y las oficinas, las examina con «impertinencia» y las admira «con gusto» (1752: 64); el proyecto obtiene su beneplácito, no así los que lo dirigen. En cualquier caso, interesa señalar el carácter testimonial de la introducción al almanaque, su condición periodística, el interés del autor por acudir al lugar de la modernidad (o de la noticia), de la transformación, y problematizarlo. Torres crea opinión en la esfera pública.

Las descripciones de los entornos completan el relato y la imagen urbana, que tanto sirven para el presente como quedan para lo venidero. Una imagen que, según se vio, compite con otras más ortodoxas, como las vistas de Joli, las de los planos y que también comparten a veces deformidad en las opiniones más o menos interesadas de los extranjeros. Hay zonas que se repiten más en los pronósticos, como Lavapiés, el Barquillo, la plaza Mayor, la Puerta del Sol, los lavaderos del Manzanares, el Prado. Pero también es posible establecer aquellos lugares que atraen a los viajeros, es decir, captar una imagen de Madrid como atracción turística, según declara un «petimetre don Lindo», «hidalgo plomo» ironizado por Torres (1742: 3), que ha visto «los corrales de la comedia, la leonera, el avestruz del Retiro y otros animales y avechuchos en que se emboban los forasteros que vienen a este lugarazo». Es decir, aquellos espacios que más tarde llegan incluso a figurar en algunos planos o «panoramas de curiosidades» de la Corte, como el que se incluye en 1808 en el *Tableau de l'Espagne moderne* de Jean-François Bourgoing, que es un esquema con un itinerario de los lugares más señalados (Álvarez Barrientos 2017: 51). Y junto a esta especie de propaganda urbana, que se encuentra en otros, también la imagen de la ciudad como monstruo que devora a sus hijos, o la presencia de elementos

que identifican diferentes urbes como constitutivos de un mal sueño por lo «desmesurado» de las proporciones que adquirirían las metrópolis modernas. Ejemplo del señalado cansancio que producía en muchos la dinámica urbana. Es el caso que presenta para 1759 Antonio Romero Martínez Álvaro:

Y como los vapores de la urna estomacal eran hijos de la escasez, me costearon una quimera de fantasmas en el escaparate de los sesos, de quien era capitán un obelisco de carne, a quien parece proveía la cabeza el rollo de Villalón; de frente, el campo de Barahona; de ojos, el puente Segoviano; de nariz, el punto de Córdoba; de boca, la [puerta de la] Bisagra de Toledo; de barba, el cimborrio de El Escorial; de cintura, la plaza de Madrid; de muslo, la columna Trajana; de piernas, las de Hércules; de pies, el pinar de Segovia; y de las demás zarandajas, el serrallo del gran Turco (1758: 2)¹⁶.

Los individuos que cruzan las páginas de los almanaques y transitan las aceras son presentados por lo general como deformidades de la sociedad. La perspectiva satírica y burlesca destaca la miseria de la convivencia, de la mala alimentación, de los espacios públicos que frecuentan los individuos pero sobre todo de los privados: desde ese en el que vive el astrólogo hasta aquéllos a los que le lleva su caminata. Pero esta generalidad no obsta para que se destaque en según qué momentos lo hermoso de alguna nueva construcción, como le ocurre a Torres Villarroel al referirse a «una de las calles de aquel reciente paraíso, que con admirable propiedad se llama en Madrid el paseo de las Delicias» (1763: 1). Un paseo recién abierto varias veces retratado, siendo el cuadro más famoso quizá el de Francisco Bayeu en 1784 (Museo Nacional del Prado). Pero, incluso esta alusión positiva sirve para contrastar más la situación del entorno: del Hospital General y de los personajes que concurren al paseo y al pronóstico (Torres, un médico, un borrico, un muchacho desastrado y otros «escombrados de ropa»).

La perspectiva más frecuente es, pues, la satírica que distancia y la de la enfermedad, como se percibe así mismo en *El altillo de san Blas*, del mismo Torres, en el que la «podre» se derrama desde el Hospital General hasta el cerro donde a finales de siglo se colocó el Real Observatorio Astronómico. La población que aparece, así como sus lugares, representa la «defectuosa, roída y descabalada humanidad» que circula por Madrid (1737: 2). Torres camina por el cerro desde donde tiene una vista privilegiada de la ciudad, a la vez distante y cercana, pues se permite acortar las distancias gracias a los detalles que presenta como primeros planos y a la enumeración de lugares que le sirven para comparar y retratar a la capital, representante del mundo, Babel y sentina.

Plazas, calles, tabernas, puertas de casa, teatros, boticas, librerías, ventas, paseos, ferias, son algunos de los lugares que frecuentan los autores y sus personajes, construyendo una literatura urbana y un friso fragmentado de Madrid que hay que añadir a los testimonios que de épocas anteriores se conocen y a los que llegaron después. Estos de los primeros sesenta años del

16. El rollo de Villalón de Campos, en Valladolid, es un hito jurisdiccional del siglo XVI; en el campo de Barahona (Soria) se celebraban diferentes fiestas diabólicas.

siglo conforman la mirada para lo que hicieron Ramón de la Cruz, Mesonero Romanos, Larra y tantos otros. La perspectiva costumbrista moderna se forma aquí, y lo hace a menudo por contraste con lo heredado, que se ve en transformación o amenazado de cambio, porque una de las características de lo que llamamos costumbrismo es precisamente ese diálogo entre mundos que persisten, desaparecen o se transforman (Álvarez Barrientos 2013).

ALMANAQUES Y DINÁMICAS MODERNAS

De manera bastante extendida la ciudad es expuesta a menudo en sus aspectos marginados y zonas marginales, pero más frecuentemente desde una perspectiva que así la presenta, como si los que en ella viven fueran «desahuciados del mundo y de la gloria», para citar a Torres, como si la experiencia urbana degradara. Perspectiva posible, que desde la tradición bíblica se encuentra también en otros textos que tienen a las ciudades como protagonistas en esas décadas. No hay que olvidar que junto a los que triunfan y consiguen su pretensión en ellas, están los que no la alcanzan, que suelen ser los más. La mirada del astrólogo sobre el entorno es desencantada y, por serlo, engarza con la de tantos que la comparten o que se ríen de la desgracia ajena. Es una mirada crítica, a veces desde la extrañeza (como si el autor no perteneciera a ese entorno), sobre la multitud. Los autores muestran la fisonomía del mapa urbano en su movimiento hacia lo nuevo, ritmado cada vez más por el imperio de las modas.

Los almanaques muestran la sociabilidad de y en la calle, alejada del protocolo de los salones. Como ya se indicó, los autores hablan con los ciudadanos, pasean la ciudad, la reflejan/ construyen, hacen su historia íntima mediante el fragmento al forjar la de aquellos lugares de los que tratan. Las introducciones en las que escriben sobre las poblaciones son como cuadros, a veces de costumbres, denominación que triunfó en el XIX. Ese retrato —y no es casual que empleen a menudo palabras del ámbito de la pintura como «retrato», «retratar», cuando se refieren a los personajes o a los ambientes, según ocurre con la literatura costumbrista— muestra los diferentes niveles de la capital, pero sobre todo cómo se mezclan e interfieren los estratos, revelando la sensación de caos referida al principio, propia de una ciudad que bulle porque está en continua recreación o invención, en crecimiento al inicio de un proceso de diseño que la lleve a mostrar su condición de capital de un imperio.

Con esta literatura de almanaques y pronósticos, como con la de Antonio Muñoz y otros, se asiste a los debates sobre cómo insertar al individuo en un marco que cambia y crea opinión pública; se muestra de qué manera se representa al yo, y no solo al del narrador sino también al de los individuos que componen el público y desde luego al del ciudadano que es, a la vez, protagonista del relato y lector. Los almanaques presentan de forma literaria, burlesca, cómo convive el habitante en un diseño social y urbano cambiante. Por otro lado, la construcción del yo del autor, travestido de personaje o no, es

fortísima en estos impresos, que lo presentan por lo general consciente de su situación física (a menudo de cansancio), moral (con frecuencia melancólico o desengañado), social (solitario); desde ahí da salida a sus cavilaciones, que también contribuyen a elaborar ese yo. Un yo diferente según en qué momento se encuentre el narrador y con quién, pero a su vez distinto de cuantos lo rodean, como se requiere en cualquier buen observador que camina o se esconde para mirar a gusto. Un yo que es el de la excepcionalidad que mira, camina, juzga y construye a los otros, y pierde su paz al entrar en contacto con ellos, ya sea porque lo asaltan en su casa para pedirle versos o un almanaque, o en el lugar donde tranquilamente se encuentre, o porque lo abordan por la calle. Y al mismo tiempo un yo que se elabora en diálogo con el entorno descrito y con el lector al que se dirige. El almanaque anuncia lo que va a ocurrir el año que entra, es una forma de paliar la incertidumbre ante el futuro desconocido con unas adivinaciones y consejos que tranquilicen a los lectores, incluso si saben que no aciertan o que las previsiones son tan generales y divertidas como obvias. Del mismo modo trabajan en las introducciones sus autores; callejeando intentan explicar los procesos que sumen a los individuos en el desasosiego y la incertidumbre ante lo que ha de venir en lo moral, en lo social, en lo físico y en lo político. Los pronósticos parecen historiar la experiencia urbana en clave de enfermedad o deformidad porque la ciudad es una creación artificial en medio de la naturaleza. Como señaló Iris Zavala (1984), lo burlesco, lo satírico, la risa y el sarcasmo fueron los instrumentos compartidos por autores y lectores para dar cuenta de esas dinámicas de la modernidad urbana representadas en nuevos espacios, nuevos protagonistas y nuevas categorías.

Los nuevos grupos sociales, las nuevas actitudes y proyectos, se presentan desde la sátira y la burla (razón por la que se puede hablar de los almanaques como literatura crítica). Se hace caricatura de esos modos y talentos, de las novedades y de lo que permanece, mediante las descripciones o retratos de los individuos, que a veces acaban convertidos en tipos, lo que supone una clasificación de la realidad muchas veces bajo el formato de la imperfección: un estadio anterior a las futuras «fisionomías». Esta mecánica taxonómica en tipos será la que emplee la retórica y la estética costumbrista, una forma de distanciamiento mucho más aceptada y reconocible en los trabajos finiseculares y en los del primer tercio del siglo XIX, abandonado el componente deforme o enfermo. Los pronósticos caracterizan a los individuos (sus caras y gestos, su indumentaria), sus cuitas ante los nuevos desafíos de los tiempos modernos, su inseguridad ante una ciudad que altera su semblante y los descoloca. Una inseguridad que también burlescamente quieren paliar las predicciones del pronóstico. Estrategia descriptiva similar a la que años más tarde empleó Goya en sus pinturas negras y caprichos.

Así son los ciudadanos de los almanaques: exagerados, deformes, bestiales, animalizados, vulgares, pobres, pretenciosos pero bien humorados a pesar de todo, en una sociedad que poco a poco valora la cultura, la mayor higiene, la opinión y el prestigio del saber y de la ciencia, como se percibe en las

demostraciones públicas. Pero hay otra imagen del ciudadano, esa en la que habla de filosofía y cintas, como recordaba Fernández de Rojas. Es decir, un nuevo individuo que se quiere amplio y abierto, capaz de la frivolidad y de la filosofía. Eso que se llamó con desprecio «erudito a la violeta» (Álvarez Barrientos 2017b), tipo de ciudadano que hace su aparición mucho antes y al que, gracias a impresos como los pronósticos, las enciclopedias y otros, le resultaba fácil alcanzar una cultura general y desarrollar hábitos de raciocinio. Esta figura fue criticada por otros como Cecilio Pérez, que desde *La inoculación del entendimiento* detectaba los errores de una sociedad enferma a causa del ocio y de sus entretenimientos (como Ulloa, Suárez, Valenzuela), de modo que la población solo hacía gestos ridículos y contorsiones según la moda. La moda, sinónimo de lo fugaz e inútil, de lo caprichoso, es decir, de los tiempos modernos, desgastaba los valores que deberían permanecer y mantener las reglas de relación urbana, pero que, sin embargo, eran acosados por la temporalidad (Álvarez Barrientos 2019b).

Estos síntomas de la enfermedad metropolitana, que detallan los almanaques en sus orígenes, se completan con otros como la desmedida atención al aspecto y al lujo que consume haciendas y tiempo, de modo que produce inactividad pero gasto. El lujo es síndrome urbano devastador¹⁷. Desde esta perspectiva, los autores de pronósticos (que a veces lo son de otras obras) se sitúan en la zona crítica con los cambios, lo que no quiere decir que estén en contra, sino que advierten del peligro de las transiciones mal desarrolladas. Desde el punto de vista de la libertad de pensamiento y juicio, otro lujo, es el ocio el que potencia la emancipación de la opinión, que se centra sobre todo en cuestionar el pasado, sus costumbres y la religión presente. «La moda, la ligereza y la galantería forman un torbellino que no nos deja reflexionar» (Pérez 1789: 8), porque el ritmo de vida se ha acelerado, proceso que no hará más que agudizarse con el paso del tiempo. Los observadores de la sociedad, que quieren una ciudad ordenada, detectan en las últimas décadas del siglo, con alarma, lo extendido de un fenómeno que los responsables de almanaques y pronósticos vieron nacer y describieron con la misma nostalgia y alarma y con la misma sensación de pérdida.

Bibliografía citada

- Aguilar Piñal, Francisco (2016), *Madrid en tiempos del 'mejor alcalde'*, Sant Cugat, Editorial Arpegio, 4 vols.
- Álvarez Barrientos, Joaquín (1987), «Literatura y economía en España. El ciego», *Bulletin Hispanique*, 89, pp. 313-326.
- (1990), «Del pasado al presente. Sobre el cambio del concepto de imitación en el siglo XVIII español», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 38.1, pp. 219-245.

17. No hace falta recordar los aspectos de la polémica sobre el lujo en el siglo, centrados siempre en la ciudad.

- (2013), «El costumbrismo, preso en la construcción de la Historia literaria nacional. Una propuesta de renovación», en *El costumbrismo, nuevas luces*, ed. Dolores Thion Soriano-Mollá, Pau, Presses de l'Université de pau et des Paus de l'Adour, pp. 23-40.
- (2017), *Cultura y ciudad. Madrid, del incendio a la maqueta (1701-1833)*, Madrid, Abada editores.
- (2017b), «La ciudad, seria y en orden: políticas y mercados del ocio en la España del siglo XVIII», en Robert Fajen y Andreas Gelz (eds.), *Ocio y ociosidad en el siglo XVIII español e italiano/ Ozio e oziosità nel Settecento italiano e spagnolo*, Frankfurt am Main, Vittorio Klostermann, pp. 253-279.
- (2018), «Ciudad en papel. Cádiz y la literatura», en Carlos Sambricio (ed.), *Cádiz 1717. De la Modernidad a la Contemporaneidad*, Cádiz, Colegio Oficial de Arquitectos de Cádiz, pp. 88-121.
- (2019), *El actor borbónico (1700-1831)*, Madrid, Asociación de Directores de Escena de España.
- (2019b), «Tiempos modernos. España por civilizar», en José M^a Ferri, Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (eds.), *Literatura para una nación. Estudios sobre el siglo XIX en honor del profesor Enrique Rubio Cremades*, Sevilla, Editorial Renacimiento/UA, pp. 98-116.
- (2020), *El astrólogo y su gabinete. Autoría, ciencia y representación en los almanaques del siglo XVIII*, Oviedo, Ediciones Trea/ IFESXVIII.
- Ardemans, Teodoro (1830), *Ordenanzas de Madrid y [...] Gobierno político de las fábricas*, Madrid, Oficina de doña María Martínez Dávila.
- Arias, Gómez (1736), *Las fantasmas del sueño y Puerta del Sol de Madrid. Prognóstico entretenido [...] para el año que viene de 1737*, Madrid, s. i.
- Balzac, Honoré (1980), «Teoría del andar», en *Dime cómo andas, te drogas, vistes y comes... y te diré quién eres*, Barcelona, Tusquets, pp. 11-83.
- Bonet Correa, Antonio (1980), «La Puerta del Sol: un espacio de sociabilidad en un centro urbano», en *I jornadas de estudios sobre la provincia de Madrid*, Madrid, Diputación de Madrid, pp. 143-151.
- Botrel, Jean-François (1993), *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez/ Ed. Pirámide, 1993, pp. 15-98.
- Bouza, Fernando (2006), «De lo material en el texto», en Roger Chartier (ed.), *¿Qué es un texto?*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, pp. 39-65.
- Cadalso, José (2008), *Cartas marruecas. Noches lúgubres*, eds. Nigel Glendining y Emilio Martínez Mata, Barcelona, Crítica.
- Corbin, Alain (1987), *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social, siglos XVIII y XIX*, México, FCE.
- De Jong, Sigrid (2018), «La ville *in situ*: de Londres à Paris, entre spectateur et concepteur», *Dix-huitième siècle*, 50, pp. 71-84.
- Díaz, Joaquín (1997), *El ciego y sus coplas. Selección de pliegos en el siglo XIX*, Madrid, Fundación Once.
- Durán López, Fernando (2017), «De la plaza pública a la opinión pública: los espacios de la sociabilidad en los almanaques astrológicos del siglo XVIII», en Eva M^a Flores

- Ruiz (ed.), *Casinos, tabernas, burdeles: ámbitos de sociabilidad en torno a la Ilustración*, Córdoba, UCO Press/ Presses Universitaires du Midi, pp. 39-61.
- Escobar, José (1988), «La mímesis costumbrista», *Romance Quarterly*, pp. 261-270.
- (2000), «Un tema costumbrista: el traperero en Mercier, Janin, Baudelaire y Larra», *Salina*, 14, pp. 121-126.
- [Fernández de Rojas, Juan] (1796), *El tocador, o el libro a la moda, escrito en letra de color de rosa, pulimentado y barnizado*, Madrid, Imp. De Antonio Espinosa, calle del Espejo.
- Fuentes Donses, Juan de (1751), *El piscator de la Mancha y sarrabal de Cuenca*, s. l., en casa de Manuel Fernández, impresor de libros, frente de los pies de la parroquia de San Pedro. Y en las Gradas de San Felipe, en el puesto de la Valenciana.
- García García, Bernardo J. (2000), «La nueva Babilonia de España», en Miguel Morán y Bernardo J. García García (eds.), *El Madrid de Velázquez y Calderón, I, Estudios históricos*, Madrid, Fundación CajaMadrid/ Ayuntamiento, pp. 17-40.
- García Santo-Tomás, Enrique (2004), *Espacio urbano y creación literaria en el Madrid de Felipe IV*, Madrid, Iberoamericana.
- González de Godoy, Pedro (1684), *Discurso serio-jocoso sobre la poca subsistencia de los pronósticos, y en particular contra los que han salido en esta Corte con nombre del Piscatore, no siendo suyos, ni con la firma de Thomaso de Sant-Agostini, su propio nombre*, Madrid, Imprenta Real por Mateo Llanos.
- González Enciso, Agustín, (1997), «El Real Sitio de San Fernando y sus fábricas textiles en el siglo XVIII», en Susana Torreguitart Búa (ed.), *Jornadas sobre el Real Sitio de San Fernando y la industria en el siglo XVIII*, San Fernando de Henares, Ayuntamiento, pp. 63-95.
- Iglesias de la Casa, José (1780), *El Piscator historial de Salamanca para el año de 1781*, Salamanca, Oficina de la Santa Cruz, por Domingo Casero.
- Jacobs, Jane (1973), *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Madrid, Ediciones Península.
- Jiménez Fernández, Pedro (1756), *Abeja racional en el jardín de los donaires, vergel de las delicias, selva amena de floridos conceptos*, Madrid, imprenta de los herederos de Francisco del Hierro, calle de las Hileras.
- Jovellanos, Gaspar Melchor (2005), «De Jovellanos al conde de Floridablanca [sobre posadas secretas]», en *Obras completas, II, Correspondencia*, ed. José Miguel Caso González, Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII, pp. 361-365.
- Kant, Immanuel (1987), *Ideas para una historia en clave cosmopolita y otros escritos de Filosofía de la Historia*, ed. Roberto Rodríguez Aramayo, Madrid, Tecnos.
- Labrador Méndez, Germán (2008), «El lugar de la locura. Estrategia y formas literarias en la escritura del sujeto moderno (A propósito de un almanaque de Torres Villarroel)», *Dieciocho*, 31.2, pp. 325-346.
- El licenciado lampiño (1728), *El pronóstico más fijo y lunario general para este año de 1728*, Madrid, Imprenta de la calle de la Paz.
- Lozano Bartolozzi, M^a del Mar (2011), *Historia del urbanismo en España*, II, Madrid, Cátedra.
- Martí, Antoni (2005), «El esplendor de la ruina», en Antoni Marí (ed.), *El esplendor de la ruina*, catálogo de exposición, Barcelona, Caixa, pp. 13-21.

- Moraleja y Navarro, José Patricio (1745), *El jardinero de los planetas y piscator de la Corte para el año de 1746*, Madrid, Librería de Luis Gutiérrez, calle de la Montera, entrando por la Puerta del Sol.
- (1747), *El jardinero de los planetas y Piscator de la Corte para el año de 1748*, Madrid, Librería de Luis Gutiérrez, calle de la Montera, entrando por la Puerta del Sol.
 - (1752), *El jardinero de los planetas y Piscator de la Corte para el año de 1753*, Madrid, Imprenta de don Agustín de Gordejuela y Sierra, calle del Carmen.
- Pedrosa Hefredo, Jacinto (1757), *El piscator de un acaso, y nuevo teatro del Príncipe*, Madrid, Imprenta de Francisco Javier García.
- Pérez, Cecilio (1789), *La inoculación del entendimiento*, Madrid, Benito Cano.
- Petrarca, Francesco (2019), *La ascensión al Mont Ventoux*, pról. Eduardo Martínez de Pisón, Madrid, Cuadernos del Horizonte.
- Quirós Linares, Francisco (2009), *Las ciudades españolas en el siglo XIX*, Gijón, Ediciones Trea.
- Rabanal Yus, Asunción (1983), *El Real Sitio de San Fernando. Historia, arquitectura y urbanismo*, Madrid, Ayuntamiento de San Fernando.
- Romero Martínez Álvaro, Antonio (1758), *El gigante de los astros y piscator de la Villa [...] para el año de 1759*, Madrid, en la Oficina de Manuel Martín, calle del Arenal.
- (1760), *La verdad disfrazada y tabúr pronostiquero*, Madrid, Manuel Martín.
- Sambricio, Carlos (1991), *Territorio y ciudad en la España del siglo XVIII*, I, Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Transportes.
- Santander, fray Miguel de (2019), *Cartas familiares (selección)*, ed. Joaquín Álvarez Barrientos, Santander, Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- Sarmiento, Martín (1988), *El porque sí y porque no*, eds. Michel Dubuis, Nicole Rochaix y Joël Saugnieux, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del s. XVIII.
- Obra de 660 pliegos*, V, BNE, sig. ms. 20395.
- Sazatornil Ruiz, Luis (2019), «Icononautas urbanos. Las vistas de ciudades españolas desde la corografía a la fotografía», en Luis Sazatornil Ruiz y Vidal de la Madrid Álvarez (eds.), *Imago urbis. Las ciudades españolas vistas por los viajeros (siglos XVI-XIX)*, Gijón, Ediciones Trea, pp. 23-89.
- Sazatornil Ruiz, Luis y Madrid Álvarez, Vidal de la (eds.), *Imago urbis. Las ciudades españolas vistas por los viajeros (siglos XVI-XIX)*, Gijón, Ediciones Trea.
- Schelle, Karl Gottlob (2013), *El arte de pasear*, ed. Federico L. Silvestre, Madrid, Díaz & Pons editores.
- Sennett, Richard (2019), *Construir y habitar. Ética para la ciudad*, Barcelona, Anagrama.
- Simmel, Georg (2001), «Las grandes urbes y la vida del espíritu», en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, ed. Salvador Mas, Barcelona, Ediciones Península, pp. 375-398.
- Suárez, Francisco (1756) *El piscator de los viejos del Barquillo para el año de 1757*, Madrid, Oficina de Antonio Pérez de Soto.
- Torres Villarroel Diego de (1729), *El mundi novi. Almanak [...] para el año común de 1730*, Barcelona, José Teixidó.
- (1737), *El altillo de san Blas. Prognóstico [...] para este presente año de 1737*, Sevilla, en la Imprenta Real de don Diego López de Haro, calle de Génova.
 - (1740), *La junta de médicos. Prognóstico [...] para este presente año de 1740*, Sevilla,

- en la Imprenta Real de don Diego López de Haro, calle de Génova.
- (1742), *La librería del rey y los corbatones*, Salamanca, Imprenta de la Santa Cruz, s. a.
 - (1752), *La nueva ciudad de San Fernando. Pronóstico, que sirvió el año de 1749, Obras completas, X, Extracto de los pronósticos*, Salamanca, Pedro Ortiz Gómez, pp. 57-72.
 - (1757), *La casa de los linajes. Pronóstico [...] para este año de 1757*, Salamanca, Antonio Villagordo, s. a.
 - (1763), *El soto de Luzón. Pronóstico [...] para este año de 1763*, Madrid, Andrés Ortega.
- Ulloa, Bartolomé (1764), *El piscator económico. Diario y cuartos de luna para el año de 1765*, Madrid, Andrés Ortega.
- Urrea, Jesús (2012), *Antonio Joli en Madrid, 1749-1754*, Madrid, Fondo Cultural Villar Mir.
- Valenzuela y Flores (1757), *El colegio de la Puerta del Sol. Pronóstico y diario de cuartos de luna para el año de 1758*, Madrid, Imprenta y librería de José García Lanza, plazuela del Ángel.
- Van Horn Melton (2009), *La aparición del público durante la Ilustración europea*, Valencia, Universidad de Valencia.
- Zavala, Iris M. (1984), «Utopía y astrología en la literatura popular del Setecientos: los almanaques de Torres Villarroel», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 23, pp. 196-215.

